

EL DEMONIO HA LLEGADO TARDE

Sería una noche oscura, la noche más oscura del alma que la mujer iba a sufrir. El demonio creía saber el tiempo y el lugar de esa noche y no se quería perder la cita por nada del mundo. Pretendía desesperarla hasta la extenuación, como ya casi lo había hecho en cientos de encuentros anteriores. El Señor echaría, pensaba el demonio, otra vez más el alma de la mujer a los perros, con un mínimo punto de apoyo, con la mayor de las arideces que se pudiesen imaginar, y él estaría allí para aprovecharlo. Entró sin llamar a la puerta, como un ladrón por la noche, y se encontró con una sala enorme y vacía de un palacio, solamente llena de cientos de espejos colocados sobre las paredes y, en el medio de ella, un tríptico, tapado con una gran sabana de un blanco impoluto. En frente, en el suelo, una capa y unas sandalias de religiosa. El demonio, lleno de curiosidad por saber qué era lo que escondía la sábana, se acercó al tríptico y quitó la tela con un golpe de muñeca, lleno de brutalidad. En el centro vio un cuadro de una Virgen de la Leche, dándole de mamar al niño y a ambos lados, en uno, la ascensión de Cristo Rey y en el otro, la ascensión de la Virgen María. Entonces, al ver esto y las ropas de la mujer, fue cuando el maligno se dio cuenta que el alma, a la que tantas veces había tentado, se le había escapado de sus garras. Lleno de dolor, empezó a revolcarse por el suelo y a escupir espumarajos hasta tal punto que, poco a poco, su figura y las que se reflejaban en los espejos fueron consumiéndose en un fuego de azufre que le brotaba de las entrañas. De él solo quedó, en la sala, un puñado de cenizas, cenizas que una corriente de aire las llevo al mismísimo

infierno, donde el maligno volvió otra vez a recuperar su maléfica figura para intentar hacer de nuevo estragos en el mundo.